



# COMENTARIOS SOBRE LA DESAPARICIÓN DE LA FAUNA Y SU CONSERVACIÓN

Fidel José Fernández y Fernández-Arroyo

## I

### SOBRE EL EXTERMINIO DE ALGUNAS ESPECIES EMBLEMÁTICAS

□

El 1 de septiembre de 1914, a la una de la tarde, en el parque zoológico de Cincinnati (Estados Unidos), un guardián encontró muerta a *Martha*. Era una paloma emigrante norteamericana (*Ectopistes migratorius*), la última del mundo.

Más de veinte años antes, en 1889, todavía fue visto, o capturado, algún ejemplar salvaje. Hay referencias de un nido en 1894. El 24 de marzo de 1900 aún fue abatido a tiros un superviviente libre (una hembra), al parecer el último (Valledor de Lozoya, 2004). En 1908, se contaron siete aves cautivas en zoológicos. En 1909, se ofreció una recompensa de 1.500 dólares (una cantidad fabulosa para la época) al que diera información sobre alguna pareja nidificante; nadie pudo hacerlo.

¿Cómo es posible que el ave más numerosa de la Tierra se convirtiera, en un tiempo récord, víctima de la codicia y la estupidez humanas, en el símbolo de la extinción? Se han descrito bandadas formadas, según se estimó, por miles de millones de esas palomas, que oscurecían el cielo; y, a pesar de su rapidez de vuelo, podían tardar horas o días en pasar por un lugar. Se ha dicho que prácticamente con cualquier disparo a las grandes bandadas, incluso sin apuntar, caían palomas muertas. Hacia 1876-1877, se reseñó una colonia de cría de 45 kilómetros de longitud y 6'5 km de anchura media, con varios (o con muchos, a veces bastante más de cien) nidos en cada árbol. De hecho, algunos árboles llegaban a estar tan sobrecargados de nidos, o de palomas, que las ramas se partían bajo su peso. Cuando, en 1857, el comité de Ohio en el Senado recibió una propuesta de protección para las palomas migratorias, rechazó tal propuesta, alegando que había tantas palomas emigrantes que no podían desaparecer nunca (*no necesitan ninguna protección ya que están presentes y lo habrán de estar siempre, sin que su caza habitual pueda mermar las miríadas de ellas que cada año se producen*) (Delibes, 2001; Valledor de Lozoya, 2004). Un guarda de Audubon, Guy Bradley, intentó parar la hecatombe, y al parecer pagó su denuncia con su vida.

Las causas de este asombroso exterminio han sido ampliamente debatidas. El último periquito de Carolina (*Conuropsis carolinensis*) murió asimismo en el zoo de Cincinnati, en febrero de 1918 (Fuller, 2002); aunque, iróni-

camente, la especie había llegado a considerarse una plaga. Otra ave americana de extraordinaria abundancia (tanto, que se dijo podía ser la segunda más numerosa), el zarapito esquimal (*Numenius borealis*), también fue cazada en enormes cantidades y prácticamente eliminada, llevándose consigo el secreto de sus increíbles viajes migratorios, aunque algún raro y misterioso superviviente ha seguido apareciendo durante décadas (Del Hoyo et al., 1996). Y no olvidemos que uno de los emblemas de la gran pradera, el bisonte norteamericano (*Bison [Bos] bison*), cuya población se había calculado en más de sesenta millones de ejemplares (Rodríguez de la Fuente, 1970), estuvo a punto de correr la misma suerte. Su pariente, el bisonte europeo (*Bison [Bos] bonasus*), sufrió un retroceso mucho más prolongado, durante largos siglos; y llegó a desaparecer en libertad, en sus últimos reductos de Bialowieza («Torre Blanca», en Polonia, en 1919) y del Cáucaso (una subespecie o especie distinta, *B. [b.] caucasicus*, en 1927); aunque después se le haya «resucitado» en parte, a partir de la mínima población cautiva.

En bastantes sabanas africanas y estepas euroasiáticas, buena parte de la gran fauna fue diezmada. También lo fue, de forma quizás menos conocida pero también brutal, en distintos desiertos del Viejo Mundo. En ambos medios, especies o razas enteras fueron exterminadas por completo; desde el espléndido antílope azul (*Hippotragus leucophaeus*) en el sur de África, o la gacela roja (*Eudorcas [Gazella] rufina*) en el norte del mismo continente, hasta el onagro o asno salvaje de Siria (*Equus hemionus hemippus*), o el avestruz de Arabia (*Struthio camelus syriacus*). Otras están ahora muy amenazadas, como el legendario adax (*Addax nasomaculatus*), adaptado a condiciones de aridez increíblemente duras, que patrulló por todo el Sáhara y está ya casi extinguido en estado salvaje; o sólo sobreviven en cautividad, como parece ser el caso del órice u oryx de cuernos de cimitarra (*Oryx dammah*), habitante asimismo del norte de África, incluido el antiguo Sáhara español. Otros grandes animales, después de ser eliminados en libertad, fueron «rescatados» a partir de una exigua población cautiva y reintroducidos en su medio, aunque su situación sigue siendo muy vulnerable; como en el caso del increíble oryx de Arabia (*Oryx leucoryx*), que vivió en algunos de los desiertos más inhóspitos de esa península, incluso en el temido Rub-al-Khali; o del caballo de Przewalski (*Equus przewalskii*), en las inmensas estepas del Asia central; o de la gacela dama occiden-



Rinocerontes negros (*Diceros bicornis*), espléndidos animales africanos cuya población se ha reducido drásticamente; como bien se ha señalado, por culpa de la estupidez humana. (Fotografía: Daniel Magne-nat. Parque Nacional del Lago Nakuru, Kenia. Octubre de 2003.)

tal (*Nanger [Gazella] dama dama*) en los desiertos norteafricanos, en este último caso recuperada gracias a la iniciativa española.

Félix Rodríguez de la Fuente escribió: *La masacre de gacelas, antilopes y avestruces de las regiones más pobladas del Sáhara, empleando para estas atroces matanzas vehículos de todo terreno, pasará a la historia como exponente de la codicia, la incultura y la crueldad humanas.* (Gran Enciclopedia de la Fauna, Vol. 10, pág. 870).

En la actualidad, África y Asia son los continentes que albergan los mayores mamíferos salvajes terrestres: elefantes, rinocerontes, hipopótamos (África), jirafas (África), etc. Debió de ser también allí, o al menos en África, donde surgieron los hombres, o buena parte de sus antepasados.

En zonas donde fue más brusca la irrupción de los hombres, aunque fuera de los que llamamos «primitivos», el impacto sobre la fauna (en especial, sobre la gran fauna) pudo ser mayor.

El Dr. Francisco Bernis Madrazo, en su último y apasionante libro, *Rutas de la Zooarqueología*, hace ver que, hasta que apareció el hombre cazador, hace unas pocas decenas de miles años, los proboscídeos (elefantes, mamuts, mastodontes, etc.) eran, en cierto sentido, los amos del mundo. Se habían extendido por todos los continentes, excepto Oceanía y la Antártida; dominaban todo tipo de medios, desde selvas hasta desiertos, desde el nivel del mar hasta grandes altitudes; habían superado múltiples barreras geográficas, desde grandes ríos hasta elevadas cordilleras; en estado adulto, apenas tenían enemigos naturales, al menos entre los vertebrados; eran muy listos, y con memoria de elefante; tenían una considerable organización social, y podían comunicarse a distancia mediante sonidos de baja frecuencia; etc. Fue el ser humano, no solamente los cambios climáticos, quien ocasionó su ruina, fuera de África y del sur de Asia. Curiosamente, los últimos descubrimientos parecen indicar que los mamuts (*Mammuthus primigenius*) pudieron sobrevivir, en algunas zonas, hasta hace sólo unos pocos miles de años (Morant y Bonet, 1997). Y por cierto, los elefantes del norte de

África, relativamente pequeños, resistieron hasta la época de los romanos, al menos.

No sólo «cayeron» los elefantes y sus parientes. Después de la llegada del hombre, desaparecieron todos los moas de Nueva Zelanda (entre ellos, el *Dinornis giganteus*, ave de unos cuatro metros de altura), así como la enorme águila de Haast (*Harpagornis moorei*) que los cazaba; el pájaro elefante (*Aepyornis maximus*) de Madagascar, de casi 500 kg, cuyos huevos (mayores que los de cualquier dinosaurio) aún siguen encontrándose; los mayores lemures de la misma isla (como el *Archaeoindris*, casi del tamaño de un gorila, o los *Megaladapis sp.*); la gran fauna australiana, desde los mayores varanos (el *Varanus priscus* o megalania, que con no menos de 4'5 metros de longitud –es posible que bastante más– era mayor aún que el dragón de Komodo, *Varanus komodoensis*, por cierto desaparecido también en ese continente, aunque sobrevive en Komodo e islas cercanas), hasta mamíferos como el diprotodon, uombat gigante o diprodonte (*Diprotodon optatum*), que pesaba dos o tres toneladas y era el mayor marsupial del mundo, o el tapir marsupial (*Palorchestes azael*), o los canguros gigantes (el mayor de los cuales, *Procoptodon goliah*, pudo sobrepasar los dos metros de altura); sin olvidar los carnívoros marsupiales, como el poderoso tilacoleo (*Thylacoleo carnifex*). [El mayor carnívoro marsupial que sobrevivía después, cuando llegó el hombre blanco, era el tilacino o tigre de Tasmania o lobo marsupial (*Thylacinus cynocephalus*); que parece ya extinguido, pues el último ejemplar conocido murió en el zoo de Hobart (Tasmania) el 7 de septiembre de 1936, en el mismo año en que el Gobierno de la isla lo declaró especie protegida, aunque desde entonces se discuten indicios de que quizás pudiera quedar alguno en distintas zonas de Oceanía].

También fueron exterminados el uro (*Bos primigenius*) y el tarpán (*Equus f. ferus*) en Eurasia (en los siglos XVII y XIX-XX respectivamente, aunque se intente reconstruir animales un tanto parecidos, a partir de sus descendientes, toros y caballos domésticos); así como el asno salvaje del norte de África (*Equus africanus [asinus] atlanticus*) hace bastantes siglos, el oso del Atlas (*Ursus arctos crowtheri*) en el siglo XIX, y el león bereber (*Panthera leo leo*) en el siglo XX, si bien de este último aún existen ejemplares cautivos (algunos de ellos, en el zoo de Madrid). El goteo de los grandes continúa, incluso de los más emblemáticos. Por poner sólo algunos ejemplos, tres razas del tigre [el de Bali (*Panthera tigris balica*), el del Caspio (*P. t. virgata*) y el de Java (*P. t. sondaica*)] ya se han dado por extinguidas, mientras que el tigre del sur de China (*P. t. amoyensis*), que puede haber desaparecido en estado salvaje, está a punto de sufrir la misma suerte. Muy recientemente, desde el legendario baiji (*Lipotes vexillifer*), o delfín chino de agua dulce, hasta el kuprey (*Bos sauveli*), un misterioso buey salvaje del sudeste asiático que no fue descubierto hasta el siglo XX, podrían haberse extinguido también. Las últimas expediciones tampoco han encontrado ningún superviviente del enorme rinoceronte blanco del norte (*Ceratotherium simum cottoni*) (aunque quedan unos siete en cautividad), ni del rinoceronte negro occidental (*Diceros bicornis longipes*) (que vivía en otras zo-



Elefantes asiáticos (*Elephas maximus*) junto a un rinoceronte indio (*Rhinoceros unicornis*). Estos magníficos colosos, los mayores mamíferos terrestres actuales de Asia, han perdido gran parte de sus antiguos dominios debido al acoso del hombre. (Fotografía: Daniel Magnenat. Parque Nacional de Kaziranga, Assam, India.)

nas de África, y se declaró extinguido en 2011), ni de una de las razas del rinoceronte de Sumatra (*Dicerorhinus sumatrensis lasiotis*) (en Asia), ni del rinoceronte de Java continental (*Rhinoceros sondaicus anamiticus*) (una intensa búsqueda, con perros adiestrados, permitió hallar en 2010, en Vietnam, el cadáver de un ejemplar matado por furtivos, que se considera el último). (La otra subespecie continental del rinoceronte de Java, *Rhinoceros sondaicus inermis*, fue exterminada en la primera parte del siglo XX).

Mucho antes, desapareció la mayor parte de la gran fauna terrestre americana, desde el gliptodonte hasta el megaterio, sin olvidar los proboscídeos y los carnívoros gigantes. La enorme velocidad y resistencia que alcanza el berrendo o antílope americano (*Antilocapra americana*) también indica la existencia de carnívoros muy rápidos que debieron de perseguirlos, de una forma como ningún predador actual puede desarrollar allí. En los últimos siglos, parte de la gran fauna marina también fue eliminada; desde la vaca marina de Steller (*Hydrodamalis [Rhytina] gigas*), literalmente barrida del mapa menos de treinta años después de que se divulgara su existencia, hasta la foca monje del Caribe (*Monachus tropicalis*), cuya última cita fiable parece ser de 1952.

Volviendo a las aves, sorprende que tantas especies o razas fueran eliminadas por ejemplo en Norteamérica, en unos pocos siglos desde que llegó el hombre blanco; incluyendo algunas de las más numerosas, como la paloma emigrante o el zarapito esquimal o el periquito de Carolina, ya mencionadas; o como el gallo de los brezales (*Tympanuchus cupido cupido*), una subespecie cuyo último ejemplar, un macho, murió en 1932, a pesar del enorme esfuerzo realizado durante décadas (cuando la situación era ya crítica) para evitar su fin. Puede recordarse aquí la triste anécdota, recogida por G. Plimpton y reseñada por E. O. Wilson, del camionero que, hacia mediados del siglo XX, mató de un disparo a una de los últimos picos carpinteros imperiales (*Campephilus imperiales*) (el picamaderos imperial, el mayor pico carpintero del mundo), y dijo de él que *era un gran pedazo de carne*.

Contrasta la magnitud (de la masacre de la avifauna) con lo sucedido en Europa, donde el impacto del hombre ha sido mucho más gradual. En efecto, si dejamos aparte unos pocos endemismos de distribución restringida, y algún visitante migrador, que sepamos sólo una especie de ave del continente europeo ha sido totalmente exterminada en el mundo, en los tres últimos siglos; se trata de la única que no volaba, el alca gigante o pingüino del norte (*Pinguinus [Alca] impennis*), que debió de contar con cientos de miles de ejemplares en una extensa área del Atlántico, y cuyos dos últimos supervivientes conocidos (macho y hembra, al parecer con un nido) fueron matados hacia el 4 de junio de 1844, en la isla islandesa de Eldey.

Podrían añadirse algunas subespecies o especies insulares, incluyendo el célebre ostrero canario (*Haematopus meadewaldoi*), del que no existen registros seguros (sólo unas pocas referencias dudosas) desde el 3 de junio de 1913, cuando fue abatido, en La Graciosa, un ejemplar que quizás fuera el último; y al igual que en el caso del alca gigante, fue el interés «científico» quien le dio la puntilla, cuando ya quedaban muy pocos. Un caso distinto sería el de un misterioso viajero, el zarapito fino (*Numenius tenuirostris*), que podía verse en Europa durante sus enigmáticas migraciones entre Asia y África; y que posiblemente no haya desaparecido del todo aún, pues de vez en cuando todavía se observa algún ejemplar (o se observaba, al menos hasta fechas muy recientes).

Sin embargo, otras aves se han extinguido o casi en Europa, en los últimos siglos, pero no en el mundo. Por ejemplo, el enigmático torillo (*Turnyx sylvatica*), del que parece puede sobrevivir alguno en Andalucía y es seguro que está presente aún en África (y con distintas subespecies, también en Asia); quizás el búho moro o lechuza mora (*Asio capensis*) (que persiste en África), el francolín ventrinegro (*Francolinus francolinus*) (que vive en Asia, y del que no parece claro que su antigua presencia en Europa fuera natural), o la grulla damisela (*Anthropoides virgo*) (aunque ésta sigue viviendo en el extremo más suroriental de Europa, así como en bastantes zonas de Asia y alguna de África). Tal vez el caso más conocido sea el del ibis eremita (*Geronticus eremita*), que aún sobrevive en África; además, parece existir alguna mínima población residual en Asia, después de que en la Turquía asiática se extinguiera (en libertad) en fechas recientes (a pesar de todos los manejos que se hicieron para evitarlo, y en parte precisamente por tales manejos); y por otra parte, la población cautiva permitió iniciar, hace pocos años, un controvertido proyecto de reintroducción en Cádiz.

No sabemos cuántas especies de seres vivos comparten nuestro mundo. Ni siquiera conocemos el orden de magnitud de esa cifra (¿diez millones, cien millones?). Sí sabemos que son muchísimas más (con gran diferencia) las especies desconocidas que las descritas (éstas últimas, al parecer, oscilan entre un millón y medio y dos millones).

A finales del siglo XIX, un solo gato exterminó una especie entera (o gran parte de lo que quedaba de ella), el chochín de la isla de Stephens (*Xenicus [Traversia] lyalli*), un pájaro que no volaba; y de cuya existencia ni siquiera nos habríamos enterado sin las comunicaciones y ejem-



El rinoceronte blanco (*Ceratotherium simum*), el mayor animal terrestre actual después de los elefantes, estuvo a punto de desaparecer por la persecución humana, y la raza del norte parece haber sido ya exterminada en libertad. (Fotografía: Daniel Magnenat. Reserva Hluhluwe, Sudáfrica. Octubre de 1997.)

plares muertos que envió el farero de la isla (el propietario del gato, y tal vez la única persona que vio ese ave viva), aunque se han encontrado restos subfósiles de aves iguales o similares. A finales del siglo XX, un pájaro parecido, el acantisita de matorral (*Xenicus longipes*), de otras islas de Nueva Zelanda (incluidas las islas mayores), también se consideró extinguido. Estos casos reflejan el hecho de que probablemente estemos destruyendo muchos seres vivos que ni conocemos, por tanto sin tener idea tampoco de su influencia en el medio ni de su posible utilidad futura; y por otro lado, ilustran también la fragilidad de bastantes especies (y subespecies) que viven en sitios aislados, de cuyo exterminio podrían ponerse muchísimos ejemplos más: desde aves tan grandes como el famoso dodo (*Raphus cucullatus*) de la isla Mauricio, el solitario (*Pezohaps solitaria*) de la isla Rodríguez, o el asombroso calamón sultán blanco (*Porphyrio albus*) de la isla australiana de Lord Howe, hasta mamíferos como el «goral de las Baleares» (*Myotragus balearicus*), bóvido que probablemente jugó un papel esencial en la alimentación del buitre negro (*Aegypius monachus*) antes de que llegaran los hombres a Mallorca, o el zorro de Azara (*Dusicyon australis*) de las Malvinas, también llamado lobo austral (guarachaine), o los lobos japoneses de Hokkaido (*Canis lupus hattai*) y Honshu (*Canis lupus hodophilax*); sin olvidar reptiles, como no pocas tortugas gigantes, y un largo etcétera. El proceso no parece haber concluido. En Canarias, el enigmático lagarto gigante de La Palma (*Gallotia auaritae*), cuya existencia (o supervivencia) se sospechaba (ver Fernández, 2002), fue descubierto (o redescubierto) y fotografiado con vida en fecha tan reciente como el 13 de julio de 2007 (Mínguez et al., 2007), y al parecer podría haberse extinguido ya (ver Masó y Pijoan, 2011).

Resulta triste constatar que mucha naturaleza es destruida de forma bárbara e innecesaria, como bien señala el Dr. Castroviejo Bolívar en su magistral prólogo de un documentado libro sobre Doñana (Anglada y Badrinas, 1984; pág. 12), premiado y editado por Fondena.

El 6 de enero de 2000 moría, en la provincia de Huesca, el último ejemplar (una hembra vieja, llamada *Laña*) de cabra montés del Pirineo (el célebre bucardo, *Capra*



El elefante africano (*Loxodonta africana*), el mayor animal terrestre actual, es una criatura sorprendente, digna de admiración por muchos motivos. Como todos los mamíferos de inteligencia y memoria portentosas, tiene una vida larga, una tasa de reproducción bajísima, y un periodo extraordinariamente prolongado de aprendizaje infantil. (Fotografía: Daniel Magnenat. Parque Nacional del Lago Manyara, Tanzania. 25 de febrero de 1996.)

*pyrenaica pyrenaica*), a pesar de que la conservación del bucardo fue uno de los motivos por los que se creó, ya en 1918, el Parque Nacional de Ordesa. Antes, hacia el final del siglo XIX, desapareció el moeyu o mueyu, la cabra montés del noroeste ibérico (*Capra pyrenaica lusitanica*), que vivía desde el norte de Portugal hasta Galicia y Asturias; la última caza conocida de un ejemplar tuvo lugar entre 1890 y 1892; se conservan animales disecados al menos en los museos de Coimbra, Lisboa y París. También entre los siglos XIX y XX, estuvo en una situación límite otra raza, la cabra montés de Gredos (*Capra pyrenaica victoriae*), salvada de una extinción que parecía casi inevitable; del mismo modo que anteriormente se había conseguido recuperar la cabra montés o íbice de los Alpes (*Capra ibex*), que durante algún tiempo solamente sobrevivió en el actual Parque Nacional italiano del Gran Paradiso.

En Guatemala, el zampullín gigante del lago Atitlán (*Podilymbus gigas*) desapareció recientemente; a pesar de todos los esfuerzos que se habían hecho, durante décadas, para evitarlo. Pero otras muchas especies, así como los parajes naturales de los que forman parte, ya no existirían sin esos esfuerzos.

## II

### SOBRE LOS ESFUERZOS POR LA CONSERVACIÓN.

#### EL EJEMPLO ESPAÑOL DEL REFUGIO DE MONTEJO

Como es bien sabido, el primer parque nacional del mundo fue el de Yellowstone (*Piedra Amarilla*), en Estados Unidos, creado en 1872; a pesar de lo cual, el lobo (*Canis lupus*) siguió siendo perseguido allí, hasta acabar con él; si bien se ha conseguido su reciente reintroducción con éxito, y por cierto con notable influencia en el equilibrio natural de la zona.

En España, en 1575, el rey Felipe II mandó que las Tablas de Daimiel *se guardasen muy bien*. Los primeros parques nacionales españoles, Covadonga y Ordesa, se crearon en 1918. La Reserva Biológica de Doñana se hizo rea-



De forma excepcional, con ocasión de las fuertes lluvias del invierno 2009-2010, el actual Parque Nacional de las Tablas de Daimiel (Ciudad Real) pareció recuperar fugazmente una pequeña parte de su antiguo esplendor. (Fotografía: Antonio Jesús Fernández y Fernández-Arroyo. 13 de febrero de 2010.)

lidad en 1964, y el Parque Nacional que la engloba en 1969, si bien fue ampliado y completado posteriormente. A partir de 1974, el naturalista Jesús Garzón Heydt lideró una lucha realmente heroica para evitar la destrucción de Monfragüe (Cáceres), uno de los mejores ejemplos de bosque mediterráneo que existen en el mundo. También en 1974, se creó en el Pirineo francés la Reserva Natural del Valle de Ossau, que permitió proteger y recuperar su población de buitres leonados; como ocurrió en Navarra, de forma casi simultánea, con la Foz de Arbayún. Por entonces, había muy pocos espacios naturales protegidos en España, y ninguno (o casi) en Castilla y León. Sin embargo, la meseta castellana no sólo escondía importantes poblaciones de aves esteparias (entre otras, de alondra de Dupont o ricotí (*Chersophilus duponti*), cuya existencia ni siquiera se sospechaba); también albergaba algunas de las colonias de buitres leonados más grandes seguramente del mundo, que además no habían sido estudiadas ni saqueadas por los naturalistas extranjeros que visitaban España; debido, sin duda, a que no llegaron a conocerlas.

Unos pocos naturalistas españoles (como José Antonio Valverde Gómez y Félix Rodríguez de la Fuente; y más tarde, Carlos González Vallecillo, José Antonio Lalanda Mejía, Cosme Morillo Fernández y Antonio Ruiz Heredia, entre otros) sí lo sabían. Ya en 1953, José Antonio Valverde escribió que *toda esta zona de cabecera del Duero* (nordeste de Segovia, sur de Burgos y suroeste de Soria), con *altos páramos cortados por gargantas, donde abundan ovejas, debe de ser la mejor región buitrera de España* (apuntes aparecidos en Internet, y en la Hoja Informativa Nº 35 sobre el Refugio—pág. 210-). El 1 de febrero de 1971, Dionisio Escudero Pascual, maestro nacional en el pueblo de Montejo de la Vega, publicó un artículo en *El Adelantado de Segovia* (pág. 4), donde indicaba que en las hoces del Riaza, *donde se respira paz y sosiego, invitando a la meditación, habitaban cientos de buitres*; añadía que *quizás sea ésta una de las más importantes colonias vultúridas de España*; y ya entonces advertía de los problemas existentes, y de la necesidad de protegerla. Este

artículo, que me proporcionó Alfredo Riaño Encinas, es la primera referencia que conozco sobre el tema en la prensa segoviana.

Curiosamente, la primera noticia escrita de la que tengo noticias, sobre las aves rapaces de la zona, es una obra literaria, anterior en más de un siglo a referencias como las antes citadas y alguna más. En efecto, en el *Semanario Pintoresco Español* (Fernández de los Ríos, 1851), se publicó una leyenda, debida a Santiago Iglesias, ambientada en Montejo de la Vega, y titulada *El amor de la castellana*, donde se decía que *hay en la pequeña aldea una calma tan apacible, una tranquilidad tan deliciosa, que hacen al alma olvidar sus pasados sufrimientos (...)*; y se añadía que *solemne era el silencio (...), sólo interrumpido por el graznido de las águilas que se albergan en las concavidades de aquellos descarnados peñascos*.

El Refugio de Rapaces de Montejo, y el Refugio limítrofe del embalse de Linares, administrados respectivamente por WWF España (ADENA) y por la Confederación Hidrográfica del Duero, se hicieron realidad en 1974/75; sin que la zona hubiera sufrido alteraciones recientes graves (aparte de la persecución directa de la fauna, o las molestias humanas), de una forma tan original que casi no había precedentes en España, y en sus comienzos sin ayuda extranjera (como rara excepción en el panorama conservacionista español de la época). En 1991, el Dr. Fabio Cassola, entonces Vicepresidente en Italia del WWF (Fondo Mundial para la Vida Salvaje), escribió, después de visitar el Refugio: *La conservación de este extraordinario lugar, que tiene seguramente una absoluta importancia internacional, es el mérito indiscutible de los naturalistas españoles*. En todos o casi todos los censos nacionales del buitre leonado que se han organizado hasta ahora, la colonia ha sido la primera o la segunda de España, y por tanto de Europa (y posiblemente del mundo); dando así la razón a los pioneros que ya lo habían sospechado hace más de cincuenta años.

Como bien escribió en 1995 Borja Heredia, entonces Coordinador de Planes de Acción de BirdLife Internacional, la labor desarrollada en el Refugio, *uno de los pocos lugares en los que se ha seguido con detalle la evolución de la comunidad de aves de presa durante un dilatado periodo de tiempo*, ha aportado *una valiosísima información para la conservación y gestión de otros enclaves análogos en todo el mundo*. El Dr. José Antonio Valverde señaló que *Doñana ha atraído las voluntades hasta extremos increíbles, y ha dejado ya una huella tan profunda que parece imborrable* (Valverde et al., 1978; págs. 28, 31). Salvando las grandes distancias, en algunos aspectos quizás no resulte exagerado decir algo parecido del Refugio de Rapaces. Su atractivo especial, señalado por diferentes personas a lo largo de decenas de años, ha hecho posible una historia extraordinaria. Se ha escrito, y con razón, que la historia de estudio y de conservación, de un espacio natural, es uno de los valores de ese espacio. En el caso de las hoces del Riaza, la historia increíble del Refugio de Rapaces es sin duda, se quiera o no, uno de sus grandes valores. No sólo importa a muchísimos visitantes, sino que además les hace disfrutar de otra manera de su estancia allí. Es bien triste que el entonces director del



Buitres leonados (*Gyps fulvus*) acudiendo a un festín, en el comedero de buitres del Refugio de Rapaces de Montejo (Segovia), administrado por WWF. (Fotografía: Sergio Arís Arderiu. 16 de noviembre de 2010.)

Parque Natural llegara a decir, en una reunión de la Junta Rectora, para justificar la ausencia total de referencias a la historia del Refugio (y al propio Refugio) en el vídeo que se ofrece a los visitantes en la Casa del Parque, que a un visitante de fuera no le interesa la historia.

En 2011, Javier Basset Izquierdo escribió:

Quando me he acercado a la zona como conocedor de su importante patrimonio natural, cultural y de los esfuerzos necesarios para lograr su conservación, gracias a toda la información (...) a la que he accedido (...), veo el Refugio desde una perspectiva muy especial. No sólo admiro sus cortados, sus buitres, sus sabinas, su río, etc., sino que me vienen a la memoria innumerables hechos, personajes, conflictos y alegrías que sé han sido importantes para su historia desde que fue fundado, ¡hace ya 36 años! Y todos estos sentimientos que afloran cuando visito el Refugio son parte de las buenas experiencias que me traigo a casa tras una jornada de campo. Es indudable que se ve de otra manera un espacio del que se conocen sus valores. (...).

Resulta triste constatar que algunos de los problemas más graves fueron ocasionados, paradójicamente, por personas o entidades que cobraban o manejaban bastante dinero para conservar la naturaleza. Entre estos problemas, en los últimos años han cobrado especial relevancia, al igual que en otros espacios naturales, ciertas cuestiones relacionadas con el llamado «uso público» del parque, que algunos querían imponer, a menudo inspirado por ideas muy alejadas de la conservación de la vida silvestre (Fondo para el Refugio, 2011); y con desconocimiento o incluso desprecio de la increíble trayectoria del Refugio, y del extraordinario equipo humano que lo estudia y lo defiende (Amadoz, 2011). Es justo reconocer el esfuerzo, prolongado durante décadas, de las muchas personas, de dentro y de fuera de la comarca, que han entregado generosamente a estas tierras y su fauna parte de sus vidas, en ocasiones a costa de auténticos sacrificios.

Parte de la historia del Refugio aparece recogida no sólo en varios libros monográficos y en las Hojas Informativas; sino también en un libro colectivo, *La Leyenda de las Cárcavas / Crónicas de naturalista españoles en el Refugio de Rapaces de Montejo de la Vega (Segovia)* (ed.

José Luis Nava Rueda; Universa Terra Ediciones, Salamanca, 252 pp.), donde diferentes personas narran sus experiencias. Otras publicaciones extensas recientes, de carácter más técnico, son los informes finales de los últimos censos de otoño (cada uno con más de cien páginas), y las dos nuevas Hojas Informativas sobre el Refugio (con varios cientos de páginas, cada una). Como escribí con motivo del 36 aniversario del Refugio, *a pesar de todas las dificultades, la increíble historia de este Refugio de vida salvaje, que ha movido tantas voluntades e inspirado tantos proyectos (dentro o fuera de España), es un motivo de esperanza.*

\* Fidel José Fernández y Fernández-Arroyo es presidente del Fondo para el Refugio de las Hoces del Riaza.

### Bibliografía.-

Achenbach, J. (2010). «Gigantes extintos». *National Geographic*, 27 (4): 66-86.

Amadoz Ardianaz, S. (2011). «Entrevista con Fidel José Fernández, Presidente del Fondo para el Refugio de las Hoces del Riaza». *Aire Libre*, Nº 212, noviembre de 2011, pp. (1), (3), 56-61.

Anglada, S.; y Badrinas, L. (1984). *Informe sobre el cumplimiento de la Ley del Parque Nacional de Doñana*. Premiado y editado por Fondena. Madrid. 77 págs.

Aragón, S. (2009). «Historias de lince, cabras y museos». *Quercus*, 282: 40-47.

Barbosa Alcón, A. (2002). «Ecomorfología y conservación: el caso del zarapito fino». *Quercus*, 199: 22- 25.

Bernis Madrazo, F. (2001). *Rutas de la Zooarqueología*. Ed. Complutense. Madrid. 325 págs.

Blas Aritio, L. (1976). *El Libro Rojo de la Fauna Española*. Ed. Incafo. Sevilla, 191 págs.

Castells, Á.; y Mayo, M. (1993). *Guía de los Mamíferos en libertad de España y Portugal*. Ed. Pirámide. Madrid. 472 págs.

Ceresuela, J. L. (1972). *La cabra montés del Pirineo*. *ADENA*, 4: 25-27.

Coronado Castillo, R.; León Jiménez, F.; y Morillo Fernández, C. (1974). *Guía del Parque Nacional de las Tablas de Daimiel*. ICONA. Madrid, 175 págs.

De Juana Aranzana, J. (1997). «Zarapito fino». *Biológica*, 12: 74-75.

Del Hoyo Calduch, J. (1989). «Ibis eremita. El mensajero de Noé al borde de la extinción». *Quercus*, 43: 28-33.

- Del Hoyo, J.; Elliott, A.; y Sargatal, J. (eds.) (1992). *Handbook of the Birds of the World*. Vol. 1. Ostrich to Ducks. Lynx Edicions. Barcelona. 696 págs.
- Del Hoyo, J.; Elliott, A.; y Sargatal, J. (eds.) (1994). *Handbook of the Birds of the World*. Vol. 2. New World Vultures to Guinea-fowl. Lynx Edicions. Barcelona. 638 págs.
- Del Hoyo, J.; Elliott, A.; y Sargatal, J. (eds.) (1996). *Handbook of the Birds of the World*. Vol. 3. Hoatzin to Auks. Lynx Edicions. Barcelona. 821 págs.
- Del Hoyo, J.; Elliott, A.; y Sargatal, J. (eds.) (2002). *Handbook of the Birds of the World*. Vol. 7. Jacamars to Woodpeckers. Lynx Edicions. Barcelona. 613 págs.
- Del Hoyo, J.; Elliott, A.; y Christie, D. A. (eds.) (2004). *Handbook of the Birds of the World*. Vol. 9. Cotingas to Pipits and Wagtails. Lynx Edicions. Barcelona. 863 págs.
- Delibes de Castro, M. (2001). Vida. *La naturaleza en peligro*. Ed. Temas de Hoy. Madrid. 317 págs.
- De Muizon, Ch.; y Marshall, L. G. (1985). «Sobre la pista de los primeros mamíferos de América del Sur». *Mundo Científico*, 50: 904-907.
- Dorst, J.; y Dandelot, P. (1973). *Guía de Campo de los Mamíferos Salvajes de África*. Ed. Omega. Barcelona. 302 págs.
- Elphick, J.; y otros (1995). *Aves. Las grandes migraciones*. The Smithsonian Institution. Marshall Editions / Encuentro Editorial, S. A. Barcelona / Milán. 180 págs.
- Enright, K. (2012). «Robo de cuernos de rinoceronte». *National Geographic*, 30 (2), «Hoy».
- Dröschner, V. B. (1985). Renacer. *Vida y futuro de las especies animales amenazadas de extinción*. (Traducción de Joaquín Adsuar Ortega). Ed. Planeta. Barcelona. 251 págs.
- Feás Castilla, F. (1999). «Especies extinguidas. ¿Es posible que exista una sexta extinción?». *La Tierra*, 19: 70-71.
- Fernández de los Ríos, Á. (1851). *Semanario Pintoresco Español*. Madrid. (Págs. 362-364. «El amor de la castellana», por Santiago Iglesias).
- Fernández Rubio, F.; Fernández Caparrós, L. M.; y Soriano Hernando, Ó. (2010). *Fauna venenosa terrestre*. Ministerio de Defensa. Madrid. 526 págs.
- Fernández y Fernández-Arroyo, F. J. (1972). *El exterminio de la paloma emigrante*. CSA, VI-1972.
- Fernández y Fernández-Arroyo, F. J. (1974). *Las zonas húmedas de La Mancha*. ADENA, 8: 29-34.
- Fernández y Fernández-Arroyo, F. J. (1976). *Sobre el Refugio de Rapaces de Montejo*. ADENA, 12: 17-22.
- Fernández y Fernández-Arroyo, F. J. (1993). «Montejo de la Vega de la Serrezuela (Refugio de Rapaces) (I y II)». *El Adelantado de Segovia*, 10 y 11 de junio de 1993, págs. 11 y 10 respectivamente.
- Fernández y Fernández-Arroyo, F. J. (2002). «Algunos descubrimientos zoológicos recientes (II)». *Argutorio*, 9: 43-45.
- Fernández y Fernández-Arroyo, F. J. (2003). «Algunos descubrimientos zoológicos recientes (III)». *Argutorio*, 10: 46-49.
- Fernández y Fernández-Arroyo, F. J. (2008). *Breve reseña sobre la historia del Refugio de Rapaces de Montejo*. Págs. 39-68 en: Nava Rueda, J. L. (ed.). *La leyenda de las cárcavas. / Crónicas de naturalistas españoles en el Refugio de Rapaces de Montejo de la Vega (Segovia)*. Universa Terra Ediciones. Salamanca. 252 págs.
- Fernández y Fernández-Arroyo, F. J. (2010). «Censo de otoño en las Hoces del Riaza». *Argutorio*, 25: 8-10.
- Fernández y Fernández-Arroyo, F. J. (2011). *Hoja Informativa sobre el Refugio de Rapaces de Montejo*, Nº 35. Editada por el autor. Madrid. 494 págs.
- Fernández y Fernández-Arroyo, F. J. (2011). «Hoces del Riaza: el Refugio de Rapaces cumple 36 años». *Argutorio*, 27: 67-68.
- Fernández y Fernández-Arroyo, F. J. (2012). *Hoja Informativa sobre el Refugio de Rapaces de Montejo*, Nº 36. Editada por el autor. Madrid. 358 págs.
- Fernández y Fernández-Arroyo, F. J. (2012). *Hoja Informativa sobre el Refugio de Rapaces de Montejo*, Nº 37. Editada por el autor. Madrid. 358 págs.
- Fondo para el Refugio de las Hoces del Riaza (2011). «Uso público abusivo en los espacios protegidos». Carta. *Quercus*, Nº 307, septiembre de 2011, pág. 5.
- Fuller, A. (2002). Foreword. Extinct Birds. Pp. 10-68 en: Del Hoyo, J.; Elliott, A.; y Sargatal, J. (eds.) (2002). *Handbook of the Birds of the World*. Vol. 7. Jacamars to Woodpeckers. Lynx Edicions. Barcelona. 613 págs.
- Garrido Guil, H. (1998). «La triste biografía del torillo». *Biológica*, 19: 54-56.
- Garzón Heydt, J. (1982). «Historia de una Sierra (3). / Las agresiones contra Monfragüe continuaron aún después de divulgarse su gran valor ecológico». *Quercus*, 5: 40-44.
- Gillespie, T. H. (1967). *Cuentos del zoo*. (Traducción de Esteban Riambau). Ed. Molino. Barcelona. 120 págs.

- Gourdin, H. (2009). «Le grand pingouin». *L'Oiseau Magazine*, 90: 72-75.
- Grzimek, B. (1965). *El último paraíso de los animales salvajes*. (Versión española por Luis Correal Cubells). Ed. Labor. Barcelona. 200 págs.
- Gutiérrez Expósito, C.; y Qninba, A. (2010). «Identificación de rastros e indicios del torillo andaluz». *Quercus*, 289: 14-19.
- Gwin, P. (2012). «La guerra del rinoceronte». *National Geographic*, 30 (3): 20-39.
- Ildos, A. S.; Bardelli, G. G.; Banfi, C. M.; Peraboni, C.; Schiavo, R. M.; y Guaraldi Vinassa De Regny, I. S. (2005). *Grandes Parques Nacionales del Mundo*. (Traducción de Inés Martín). Ed. Libsa. Madrid. 320 págs.
- International Rhino Foundation (IRF) (2001). Páginas web (<http://www.rhinos-irf.org/>).
- Jackson, P. (1973). *El tigre*. *ADENA*, 7: 14-15.
- Jackson, P.; y Kerm, E. (1994). *Tigers in the Wild*. WWF. 20 págs.
- López-Colón, J. I. (2002). «Especies extintas». *El Ecologista*, 31: 40-43.
- Madroño, A.; González, C.; y Atienza, J. C. (eds.) (2004). *Libro Rojo de las Aves de España*. Dirección General para la Biodiversidad – SEO/BirdLife. Madrid. 452 págs.
- Masó, A.; y Pijoan, M. (2011). *Anfibios y reptiles de la Península Ibérica, Baleares y Canarias*. Ed. Omega. Barcelona. 848 págs.
- Mínguez, L. E.; Afonso, Ó. M.; Pether, J.; y Mateo, J. A. (2007). «Evidencias de la posible supervivencia del lagarto gigante de La Palma (*Gallotia auaritae*)». *Boletín de la Asociación Herpetológica Española*, 18: 11-13.
- Morant, Á.; y Bonet, C. (1997). «En la senda de los elefantes misteriosos». *Biológica*, 10: 74-75.
- Morant, Á.; y Bonet, C. (1998). «En busca del lobo marsupial». *Biológica*, 19: 60-61.
- Orueta, J. F.; Cherkaoui, I.; y Criado, J. (2011). «Marruecos, una mirada al sur». *Aves y Naturaleza*, 6: 18-25.
- Otero, C. J. (1974). «La fauna del Sahara español». *Trofeo*, 54: 49-54.
- Patón, D.; y Merchante, R. (1989). *Guía de los mamíferos y aves extinguidos del mundo*. Ed. Miraguano. Madrid. 143 págs.
- Ramos Melo, J. J.; y Valledor de Lozoya, A. (2007). «La extinción del ostrero canario». *Quercus*, 259: 16-24.
- Reeves, R. R.; Stewart, B. S.; Claphan, P. J.; y Powel, J. A. (2005). *Guía de los Mamíferos Marinos del Mundo*. National Audubon Society. (Traducción de Ana Pérez). Ed. Omega. Barcelona. 530 págs.
- Rodríguez de la Fuente, F. (1970). *Gran Enciclopedia de la Fauna*. Vols. 10 (pp. 869-870), 11 (pp. 981, 986, 1.034, 1.036-1.038), 23 (p. 2158), 24 (pp. 2237-2238), 25 (pp. 2376-2379). Salvat. Barcelona. Edición de 2004.
- Roux, F.; y Dorst, J. (1992). *Le Livre des Oiseaux*. Audubon. *Bibliothèque de l'Image*. China. 96 págs.
- Seijas, J. M. (2000). «Los últimos días del bucardo». *Biológica*, 44: 10-17.
- Suárez, F. (ed.). (2010). *La alondra ricotí* (*Chersophilus duponti*). Dirección General para la Biodiversidad. Ministerio de Medio Ambiente y Medio Rural y Marino. Madrid. 525 págs.
- Valledor de Lozoya, A. (2004). «Paloma migratoria americana: de la abundancia portentosa a la total extinción». *Quercus*, 219: 52-59.
- Valverde Gómez, J. A. (1971). *ADENA crea el Centro de Rescate para la Fauna Sahariana*. *ADENA*, 1: 7-9.
- Valverde Gómez, J. A. (2004). «Sahara, Guinea y Marruecos. Expediciones africanas». *Memorias de un biólogo heterodoxo*, Tomo III. Ed. Quercus. Madrid. 272 págs.
- Valverde Gómez, J. A. (2004). «La aventura de Doñana. Cómo crear una Reserva». *Memorias de un biólogo heterodoxo*, Tomo V. Ed. Quercus. Madrid. 272 págs.
- Valverde Gómez, J. A.; Díaz de los Reyez, A.; y De Torres Faguás, J. (1978). *Coto Doñana*. Ed. Olivo. Sevilla. 132 págs.
- Varios autores (1989). *Fauna amenazada. África I*. Ed. Anaya. Madrid. 80 págs.
- Vega Cogollo, I. (2007). «Baiji: adiós a la diosa del Yangtsé». *Quercus*, 253: 50-56.
- White, J. P.; y Habgood, P. J. (1985). «La prehistoria de Australia». *Mundo Científico*, 50: 842-849.
- Wilson, E. O. (1994). *La diversidad de la vida*. (Traducción del Dr. J. Ros). Ed. Crítica. Barcelona. 411 págs.
- Wilson, D. E.; y Mittermeier, R. A. (eds.) (2009). *Handbook of the Mammals of the World*. Vol. 1. *Carnivores*. Lynx Edicions. Barcelona. 727 págs.
- Wilson, D. E.; y Mittermeier, R. A. (eds.) (2011). *Handbook of the Mammals of the World*. Vol. 2. *Hoofed Mammals*. Lynx Edicions. Barcelona. 885 págs.
- World Wildlife Fund (1984). *Animales en peligro*. Ed. Salvat. Navarra. 308 págs.